

para que uno á otro hagamos aquellos males, sino para que por el temor de aquella pena nos recatemos de hacer mal á nadie. Y estas iras y enojos son repentinos, pero la memoria de las injurias es de ánimos que de asiento y de espacio piensan el daño. Dirás que te fatigó mucho y mal, pero nunca él te pudo causar tanto, cuanto tú á tí mismo acordándote dél. Fuera desto, es imposible que un varon fuerte pueda padecer mal de otro ninguno; pongámosle fuerte y bien considerado, con hijos y mujer y haciendas, grandes tesoros, muchos amigos, principados y dignidades, mucha honra, y otras ocasiones de recibir agravio y daño; pues finjámosle fatigado ó combatido con golpes de la fortuna, persígale algun mal hombre, ¿qué le puede hacer que no estima en nada todo su dinero y riqueza? Mátele otro sus hijos, ¿qué se le da al que cada día considera en la resurreccion de los muertos? Otro le mató la mujer, ¿qué es eso para el que enseñado que no llore los muertos, que no es mas que dormir? Si el otro le dice injurias y vituperios, ¿qué vale eso para el que todo lo criado no estima en una paja? Si quieres que otro le hiera y le dé de bofetadas y le meta en la cárcel, ¿qué se le da al que ya tiene persuadido que si el hombre exterior, que es el cuerpo, se corrompiere, el de dentro, que es el alma, se renueva cada día, y que la tribulacion es causa de paciencia? Paréceme que aunque solo prometí que este hombre no podia padecer daño, que le he mostrado aprovechado y aventajado; pues si así es, no os fatigéis con las injurias, porque esta fatiga no procede de la malicia del enemigo, sino de nuestra malignidad, que en oyendo una mala palabra luego nos afligimos y lloramos, y lo mismo si nos hurtan ó toman algo de nuestra hacienda, parecidos á los niños, que cuando los que mas pueden los afligen, si lo sienten, mas los fatigan, y si no hacen caso, luego cesan; pero mas niños somos, pues de las cosas de risa nos afligimos. Por tanto, os ruego cuanto puedo que, dejadas aparte estas costumbres pueriles, pongamos el deseo en las celestiales, siendo niños, no en el seso, sino en la malicia interiormente; con lo cual alcancemos los bienes eternos por la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Amen.

DISCURSO XII.

Conclusion de lo dicho en este sétimo libro.

Pues si tantas razones hay para una cosa tan fácil á los gentiles, y que ellos tenían por tanta gentileza, tú, que eres cristiano, con los ejemplos del mismo Dios, mandado y rogado del mismo, movido con tanta paciencia de los que en esta vida padecieron por su nombre, y amenazado de la ira de Dios si no templares la tuya, y necesitado de su misericordia, rúégote que te pongas á recorrer tu memoria, cuántas ofensas has hecho á la divina Majestad, cuántos vicios tienen tu vida corrompida, cuán frecuente eres en pecar, cuántos desabrimientos has dado á otros, y cuántas veces de Dios y de los hombres has sido perdonado y esperado; que si esto haces, fácil te será perdonar tú á quien te ofendió, mayormente siendo todos hermanos, hijos de aquel Padre á quien tantas veces ofendiste y para tantas lo has menester. Gran cordura fué la que cuenta Valerio

Máximo de un emperador de Roma que tenia cercada una ciudad de enemigos, cuyo ciudadano era uno que se le pasó á su campo; lo cual dió tanta indignacion á los cercados, que, buscando un hijo que tenia, le pusieron en la parte del muro donde venia toda la batalla de saetas del campo del Emperador; lo cual visto por el mismo Emperador, mandó que no tirasen mas á aquella parte ni á ninguna donde viesen al hijo del que á él se habia pasado. Pues si esta gentileza usa un gentil en gracia y devocion de aquel ciudadano por habérsele pasado á su campo, ¿por qué quieres perseguir al Hijo de quien tantos bienes te ha hecho, pues en la creacion te dió su vida y en la redencion no te negó la suya? Mayormente que sin el amor de tus prójimos y hermanos no le puedes tener grato, aunque le sirvas con cuanto á él suele agradar que los hombres le sirvan, pues del sacrificio del altar (que es la cosa que mas le da contento y por quien nos perdona y espera, y por quien sufre todos los pecados del mundo) envia á quien sintiere tener algun prójimo agraviado. Acaee llamar un sacerdote á un barbero para quitarse el cabello y barba, el cual, aunque siempre hace este oficio con gran regalo, pero á esta persona sirve con mas cuidado y curiosidad, deseando agradalle en él mas que á otros. Y estando con este cuidado y voluntad, sucede que al pasar de un lado á otro le pisó el pié que tenia gotoso; entonces él, olvidado del regalo que recibe y del buen parecer de su cabeza y barba, envia con enojo al barbero, diciendo con gran dolor: ¡Oh señor, que me habeis muerto! Dice él: Señor, yo he procurado de hacer este oficio con toda voluntad y regalo y teniendo cuenta con lo principal, que es la cabeza. Responde: Señor, por todo cuanto haceis no quisiera que me tocáredes al pié, malo como está, porque me duele agora mas que la cabeza. Así acaee cuando celebramos el sacrificio de la misa, hacemos gran servicio y regalo á Dios en honrar nuestra cabeza, que es Jesucristo, pero no quiere que enojos, hermano, á su pié, por desechado y enfermo que sea, porque al fin es su miembro y le duele, y te despide del altar cuando el pobre tiene queja que le pisan ó le agravian; por eso, si en el mayor servicio que él recibe tanto se queja y te despide, ¿qué será para otras cosas cuantas le hayas menester y le llames? De donde nace tanta dureza, que lo que los gentiles hacian por el mundo, des tú por autor al mundo para no hacerlo; y cuando el mundo lo mandara, como tú piensas ó dices, porque no ha de valer mas el mandamiento de Dios y su ejemplo del Redentor, que para declarar mas su caridad y el amor y voluntad con que perdonaba en la cruz, no dice el Evangelista que perdonó, que le parecia poco para lo que fué, sino que de aquel rato que estuvo en la cruz, lo mas estaba rogando al Padre por los que allí estaban baldonando y atormentando, y esto es lo que dice: Mas Jesus decia, no dice dijo, sino decia, estaba diciendo; este era su ejercicio y en esto entendia en medio de sus dolores; Señor, perdónalos, Señor, perdónalos; Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen, cuanto mas cuando á nosotros nos perdona, que sabemos lo que hacemos cuando pecamos, y así lo sabemos cuando nos pretendemos vengar. Sabemos que la causa meritoria de nuestras inju-

rias son nuestros pecados; sabemos que la causa principal dellas es el mismo Dios, que para estrago de nuestras culpas pasadas, ó para excusar las venideras, nos castiga y afrenta, tomando por instrumento la malicia y á veces la ignorancia del que nos injurió. Sabemos que él no puede agraviar á nadie, tan poderoso y señor de todo es, ni quiere tampoco, que tanta es su bondad y misericordia; y que si alguna culpa se halla en el injuriado, que si hallara, ya que no fuese causa ó motivo de la injuria (que es lo mas ordinario haberla, pues nunca se mueve nadie á injuriar de balde á otro sin ocasion), á lo menos habrá otros pecados antiguos; y si culpa hubo en el ofensor, tambien Dios se ofendió della, y olvidado de su ofensa, toma á cargo de castigar y vengar la nuestra; de manera que (gánese el alma ó no se gané) no quedará sin castigo el que te ofendió, como tú no quedarás sin premio por haberlo puesto en sus manos.

¿Para qué quieres ponerte á tanto peligro ni tomar con tus manos tanto daño como te espera si no perdonas? Enojar á tu hermano, apercibirle para que por ofenderte te dañe en desasosiego de tu vida, gastos de tu hacienda, menoscabos de tu honra, peligro de tu alma; enojar á Dios para que el castigo que habia de enviar á tu ofensor, si se le cometieras, envíe sobre tu cabeza, perdonándole á él si se le humilla y hace penitencia. Mejor es que la hagas tú de tus pecados y te duelas del que te ofendió, para que Dios se duela de tí. Mira qué de maldiciones echa el Espíritu Santo por boca de David en un salmo: Ande el diablo á su lado que le gobierne y engañe siempre, tenga sujecion á un pecador; cuando se viere en juicio salga siempre condenado, y su oracion, no solo no sea oida, pero cuéntesele por pecado; sus días sean pocos, y otro suceda en su oficio y obispado; sus hijos se vean huérfanos, su mujer viuda; anden temblando y vagabundos de una parte á otra sus hijos, pidiendo y mendigando de puerta en puerta, y sean echados por fuerza de sus moradas; si alguna hacienda tuvieren, se la lleven los alguaciles, ejecutándolos por deudas, y otros coman lo que ellos trabajaren, y al cabo mueran mala muerte y acábese en una generacion su memoria, y acuérdesse Dios de los pecados de sus padres para castigarlos en ellos, y el pecado de su madre siempre esté presente, para que siempre se castigue en los hijos, y estén delante de Dios para siempre los pecados de padre y madre (esto es, *contra dominium*), y desbarate Dios su memoria de la tierra. ¿Veis todas estas maldiciones? Pues ¿contra quién las da? Contra Júdas y los judíos principalmente, y contra los imitadores, por tres razones: la primera, porque no quisieron ablandarse ni usar de misericordia, y no es otra sino la que se sigue, que persiguieron á un pobre que se hizo pobre por nosotros, y tan humilde, que parecia convencido de lo que le levantaban hasta ponerle en una cruz. Pues todas estas maldiciones se quedarán vivas para tí si usares de tal obstinacion, que no quieras usar de misericordia, perdonando la injuria al pobre que la hizo, que es pobre, necesitado de tu caridad y mendigo della, pues la pide, y compungido y arrepentido y reconocido en su error.

Y si quieres ser duro para con él, ¿para qué lo quieres

ser para contigo? Que, allende de los daños y maldiciones que incurres, porque como á aquel deudor de los talentos del Evangelio, te pidirá Dios tus pecados con rigor por no haber querido perdonar la niñería de tu hermano, y en esto serás sentenciado por tu propia boca, pues le pides cada día perdon de tus deudas, al modo y no mas ni menos que tú perdonas las que te deben, te mandará echar donde no puedas pagar un venial, debiendo tantos mortales. Mira tras eso lo que pierdes en no perdonar á tu hermano: qué de buenos ratos, qué de gracia, qué de obras perdidas, qué de honra delante de las gentes, qué de multiplicacion de tus bienes, qué recato para no pecar, qué seguridad para cuando salgas desta vida, qué de sobresaltos te ahorras, qué de escrúpulos, qué de malas noches y peores días.

Lo uno y lo otro dijo aquella santa mujer Abigail cuando salió al camino á estorbar á David el pensamiento y determinacion que traia de vengarse tan justamente de su marido Nabal, y no dejalle hombre á vida, con juramento. Salió ella con un refresco para David y sus soldados, el cual su marido habia negado, injuriando á David; y echóse á los piés de David, y dijo estas, entre otras palabras: No hagáis caso, mi señor, ni cargueis el juicio en las cosas deste hombre malvado, digo de Nabal, mi marido, porque él las hace conforme al nombre que él tiene, que Nabal se llama, que quiere decir loco. Vamos considerando estas discretísimas palabras: ¿Qué es el primer consejo que da? Que se quede el loco para loco, que es lo que, sin haberlo leído, decia Julio César: Perdonemos al loco y demos lugar al prudente. Así se podrán acabar tus enemistades, diciendo que se vaya el necio para necio, el loco para loco, y quedate tú para cuerdo y cristiano discípulo de Jesucristo. Dice luego Abigail: Si esto hicieres, Dios te asentará una firmísima casa y sucesion fiel, que por torbellinos que vengán nunca se caiga. Dando á entender que los hombres vengativos ni logran casa ni hijos ni hacienda; pues las riquezas y caudal espiritual claro está que ya lo tienen perdido, porque es el vengativo como un niño cargado de dijes de mucho precio, que, de enojo que le quiten un afiler ó cascabel, arroja cuanto oro tiene al cuello y las piedras preciosas. Así, porque te quitaron, á tu parecer, un poquito de honra, arrojas toda la que queda, y las virtudes, dones, méritos y gracia que tienes, que en comparacion de lo que te quitan, y sin ella, son piedras preciosas, y lo que pierdes no es un alfiler. Añade Abigail: No pierdas, Señor, la ocasion de asegurarte de que no caiga en tu corazon pecado ni malicia todos los dias de tu vida, que por este perdon te dará Dios este favor, y cuando tus enemigos vinieren sobre tí hallarán tu vida guardada, como en un ramillete de vida, en manos de los ángeles. Esto bastara á mover á David, cuando él no fuera tan manso de corazon y perdonador de injurias. Y añade ella: Pues cuando se llegare el tiempo que cumpla Dios en tí lo que tiene prometido de favorecerte, y te hiciere rey en Israel, habrás ahorrado á este clavo en el corazon: ¡Ah, cómo derramé yo la sangre de los inocentes! Lo cual dice por los que en venganza de Nabal traia jurado de matar. Y añade concluyendo: Y cuando reci-

hieres los favores de Dios, ruégote que te acuerdes desta tu sierva. Fueron de tanta fuerza las palabras desta valerosa mujer, que aplacaron el enojo de David; y fué tan acepta su plática en los ojos de Dios, que, castigando primero á Nabal, pues á él le dejó David la venganza (así como castigó á Absalon por haberle también dejado la suya y mandado que no tocasen á él), le hizo Dios á él mil mercedes y le dió muchas victorias, y le cumplió lo que Abigail le prometió; y á ella, librándola de tan mal marido, la dió á David y la hizo reina de Israel. Historia es que bastaba, sin otra razón, á acabar cualquier enemistad: lo uno, que en causa tan justa se ablandase con razones de una mujer, y mujer de la parte, que quiere decir el que en tiempo del enojo oigamos consejo de quien quieran, antes que nos determinemos; lo otro es ejemplo, de dejar al loco para loco, que tal es el que á otro dice injurias; lo otro, que es granjería para lo temporal, casa, hijos y hacienda, que para cualquier cosa destas que se pretenda es gran negociador con Dios un perdon de una injuria, y la habías de buscar cuando no la hubiese; lo otro, andar guardada la vida, no solo porque faltara quien la aceche, sino porque Dios la guardará, como una flor en ramillete, en sus manos; lo otro, que ahorrará del escrupulo de cuando te acordares que debes al prójimo la vida ó la honra, y que se la quitaste contra la voluntad de Dios, que es una cosa que en prosperidad y en adversidad suele dar gran garrote á la consciencia, y aunque mas suelen querer satisfacer con limosnas, con misas, nunca queda sosegada ni satisfecha la consciencia.

Pues si tanto daño hallamos en la dureza, y tantos bienes en el perdonar, ¿cómo no buscamos injurias que perdonemos? ¿Qué tiene que ver lo que perdiste con lo que ahora pierdes? Y ¿qué tiene que ver lo que te parece que en vengarte ganas, con estos montones de soberanos bienes? No me digas que el corazón está bueno, y que por no turballe no quieres mas comunicacion; cata que pocas veces se halla eso sin pecado, porque cuando de tu corazón te satisficieras (que no hay que fiar donde hay pasión), pero el escándalo está en la mano. Ya sabes que san Pablo dice que, no solo de todo mal, sino de toda apariencia de mal, te has de guardar; pues mira cuán mal parece la novedad en el trato y conversacion al mismo contrario, á los que te conocían antes, á tu misma consciencia y al mismo Dios. Digo á tu consciencia porque, si bien lo consideras, ¿cómo estás presto

á dar tu hacienda cuando se ofrezca á tu contrario, y tu favor en sus necesidades, si una palabra y un buen rostro le niegas agora? Si te dice el confesor que no eres obligado, mira no le informases mal; que, aunque á él le engañes, Dios no se deja engañar, dice san Pablo; ni solo hagas lo que, so pena de infierno, estás obligado, sino lo que Dios te ruega y aconseja y por ejemplo te enseña. No pongas delante á David, que, aunque era manso y perdonó á su hijo, no consintió que le entrase á ver, porque era padre y rey, y si tenía encomendado el perdonar, también las costumbres y el gobierno de su hijo. Finalmente, ¿para qué te quieres meter entre mandamientos y consejos? Hazlo todo, y Dios te lo agradecerá todo. Y si con todo lo dicho te pareciere cosa áspera cuando lo piensas, no lo comiences á pensar desde la injuria y sus circunstancias que la pondrán. Comienza por estas razones, y por lo que debes á Dios, y por lo poco que él te debe, y cuán mal pagas en detenerte, pensando si te conviene hacer lo que él te manda, rogando y amenazando. Haz como el que toma un plato caliente que ha estado al fuego, no le tomes por lo que está á la parte del fuego, que te quemarás; tómale por lo frio, y no le soltarás luego. La aspereza de la injuria sea lo postrero, y no quemará ya cuando llegue. No te mandan comer el cardo como está en la huerta, móndale y quitale las espinas, y te sabrá bien. No te mandan amar la condicion áspera y espinosa de tu enemigo, sino, como hace Dios, apartar con la consideracion sus malas mañas y amar la persona, que, no solo será fácil, sino sabroso. Y si aun así no puedes, por el mucho amor que te tienes, pon los ojos en Dios, que es el que te ha de premiar, y no mires al mundo. Cuando pasas un río, si no tienes costumbre ó buena cabeza, caerás en el agua; necesario es poner los ojos en cosa firme de la otra parte y alzarlos del agua que corre. Todas las cosas deste mundo corren y pasan mas ligeras que agua, las leyes y pareceres de los mundanos desvanecen las cabezas con su liviandad y inconstancia; si las miras te perderás. Pon los ojos en cosa firme de la otra parte, que acá no la hay; mira á Dios, que te crió y redimió y te espera, mira aquella vida firme y segura de la bienaventuranza, y la honra que es ser perpetuamente hijo de Dios, y no padecerás los vaguidos que los vengativos padecen; antes pasarás seguro y alegre y libre por estos bienes del mundo á gozar de los que no tienen fin ni mudanza en la gloria.

LIBRO OCTAVO.

DE LOS CONSUELOS PARTICULARES PARA PARTICULARES TRABAJOS.

PRÓLOGO.

De las medecinas se sabe que, mientras son mas generales para muchas enfermedades, menos fuerza tienen para curar cada una dellas en particular, si son nacidas de diversas causas; porque para repartir tanto su virtud es necesario que vaya muy mezclada, y así

menos fuerte; y por esto se dice entre los filósofos también del sentido que, distraído y repartido á muchas cosas, es menor cerca de cada una dellas. Esto vemos también en la doctrina, que, mientras mas general es, menos fruto hace en los oyentes, y mucho menos cuando un vicio se reprehende con razones generales, como si un mozo deshonesto y jugador le quisiésemos corre-

gir, diciendo cuán malo es el vicio y el pecado, hablando en comun. Lo mismo acaece en los consuelos y remedios de los trabajos, que, aunque todos los que en este libro se contienen son bien eficaces, pero mucho mas lo suelen ser los apropiados á cada uno de ellos, porque, no solo hablan del trabajo en comun, pero derriban las circunstancias dél en particular y persuaden al afligido mas de cerca. Pues este es el argumento deste último libro desta obra, hallar algunos consuelos particulares para particulares aflicciones y trabajos, los cuales sobreviniendo á los que del discurso deste libro se pudieren haber cogido, con mas violencia amansen el rigor de cualquier trabajo. No podrán ponerse todas las adversidades en particular, porque son tantas y tan varias, que para solo nombrallas era necesario un libro entero por sí; pondránse las mas ordinarias y graves y que suelen causar en los afligidos mas melancolía, y en número que no exceda á la traza y medida de los demás libros; y si alguno dellos no fuere tan ordinario, tratarse ha brevemente, porque no nos ocupe lugar en libro que desde el principio va para todos encaminado, y procederáse con razones, porque para gente afligida suelen ser de mas fuerza que autoridades.

DISCURSO PRIMERO.

Del consuelo en la muerte de padres, marido, mujer ó hijos.

Desde que Dios en el mundo apartó pueblo particular á quien favorecer con particulares mercedes y favores, tuvo siempre cuidado de apartarle de las costumbres de la gentilidad, que era el resto del mundo; porque, como los gentiles no conocían Dios verdadero, y tenían al mismo demonio por Dios debajo de nombres y figuras de hombres viciosos, no podían tener costumbres sino al talle de quien los gobernaba, las cuales no quería Dios que aprendiese ni siguiese su pueblo, y por eso se lo encargaba siempre con cuidado; así lo hizo por Josué al tiempo que quiso morir, que juntado al pueblo, les acordó cuánto había hecho Dios por ellos, destruyendo los gentiles y dándoles á ellos sus tierras, y que lo mismo haría de los que quedaban; pero que advirtiesen, cuando entrasen en sus tierras, no jurasen como ellos en el nombre de sus dioses, ni los adorasen, ni casasen con sus hijas, porque de aquí es fácil tomar sus costumbres; y si no, que Dios trocaría su mano y no destruiría ya mas de los gentiles, antes le serían á ellos para tropezon, lazo y sepultura. Tobías el mozo dice también á su esposa la noche de sus bodas, hallándola acostada: Ea, Sara, alto, á rezar; estos primeros tres dias han de ser para Dios, y no para nuestros contentos; después queda tiempo para los frutos del matrimonio; porque somos hijos de santos siervos de Dios, y no nos es lícito vivir ni casarnos á fuer de gentiles, que no conocen á Dios. Pero después que el hijo de Dios vino al mundo, con mas cuidado se nos dió esta doctrina; el mismo Señor se la dió á sus discípulos mil veces. No habéis de ser los perlados y príncipes de mi Iglesia como los que mandan entre gentiles, que se enseñorean y se engrienen; los menores habéis de ser. Y otra vez dice: Cuando orais no sea con muchas palabras, como los gen-

tiles, que, como no tienen esperanza de las mercedes de sus dioses, son importunos, porque piensan que por ahí han de ser oídos; otra vez: No os congojeis pensando en vuestro comer y vestir, porque estas cosas los gentiles las buscan. Y así otras muchas veces. Y esta doctrina que san Pablo aprendió, la enseña él á los corintios: Sepa cada uno poseer su compañía para santificación, y no para pasión, de sus deseos, como los gentiles, que no conocen á Dios. Y en otras epístolas dice lo mismo á los efesios y colosenses; pero donde mas de propósito lo toma es á los corintios en la epístola segunda: No queráis juntaros con los infieles, porque ¿qué tiene que ver Cristo con el demonio, ó qué compañía puede haber entre el fiel y el infiel? ¿Cómo dirá bien el templo de Dios con los ídolos? Y vosotros sois templo de Dios vivo, como la Escritura dice por Esaias, y que por eso ha de morar en vosotros y ha de ser vuestro Dios, y por eso salid de entre ellos, dice el Señor, y no toqueis á cosa sucia, y yo seré vuestro padre y vosotros mis hijos, dice el Señor todopoderoso. Deste lugar de Esaias saca también san Pablo esta doctrina; pero mas á nuestro propósito deste discurso habla con los de Tesalónica, diciendo: No quiero, hermanas, consentir que tengáis ignorancia de los que duermen, esto es, de los muertos, porque no os desconsoléis como los gentiles, que no tienen esperanza de la otra vida; porque si Cristo murió y resucitó, etc.

Entra san Pablo desde las primeras palabras consolando á los cristianos de la muerte de los suyos, y dice: No quiero que tengáis ignorancia de los que duermen. Ya en esto dice que no son muertos, sino duermen; y luego dice que Cristo, como cabeza, resucitó, y que así lo harán sus miembros, y subirán con su cabeza al reino de los cielos; de manera que no pierdes al padre, hijo ó hermano cuando muere; solo va delante donde después le halles y goces sin temor de perdelle para siempre; así lo dice san Agustín y san Gregorio Niseno, que volvió Dios á Job doblado lo que le había quitado, y los hijos no; pero el contento le volvió doblado en tennellos ya en estado seguro. De manera que da san Pablo á entender que desconsolarse mucho por su amigo muerto es de gente que no tiene esperanza de la otra vida, y aun san Crisóstomo, hablando desta materia, viene á decir que los que así lloran sus muertos, hacen injuria y calumnia á los méritos de Cristo, que venció la muerte, y aun Ciceron alcanzó esta verdad, que no los perdemos sino por poco tiempo.

Esta razón tendrá alguno por muy flaca para no sentir su pérdida, y dirá: Señor, yo no lloro porque piense que mi defunto no ha de resucitar, que si creo que todos resucitaremos, y espero verme con él; no lloro sino mi pérdida, mi compañía, el gobierno de mi casa ó la crianza de mis hijos, la defensa de mi persona, mi honra, mi hacienda, que en viéndome sola todos se atreven á hacerme agravio. Replica san Juan Crisóstomo que no es esa la razón, porque si lo fuera, siempre había de durar, pues que siempre dura la falta del que no vuelve á la vida, y vemos que no dura siempre, porque vemos que antes que el año se acabe se acaba el desconsuelo y aun la memoria, y no esta causa, pues siempre se queda muerto. Pues no hablemos con